

A LAS HERMANAS DE LA CASA DE REFUGIO DE SAINT-BRIEUC¹
(Fe – Compromiso)

“Estaba María al pie de la cruz”, (Jn 19, 25)

De pie, junto a la cruz en la que Jesús está atado, María comparte sus tormentos. Está herida con sus heridas, participa en sus mismas llagas, coronada con sus mismas espinas, y su alma está atravesada por la espada de dolor que el santo anciano Simeón le había predicho. Pero no es solamente la muerte de su Hijo, que ya sabe que es el rey de la gloria, lo que la entristece y la consterna; llora menos por los sufrimientos de este Hijo que le es tan querido, que por la inquietud que le causan los hombres de los que ella está encargada y que son la única causa de los males que su Hijo sufre. Ella siente horror por el pecado, lo odia con un odio perfecto, pero siente al mismo tiempo una tierna conmiseración y amor por los pecadores; su corazón, como el de Jesucristo, está lleno de amargura; y como él también sometida a la voluntad del padre celeste no desea más que la salvación del mundo.

María en este estado de angustia, a la vista de los escándalos, las prevaricaciones y vicios que hacen necesario el sacrificio de Jesucristo está llena del celo más ardiente por la conversión de los pecadores. He aquí, queridas hermanas el modelo que intentan imitar y tal es su fe y su caridad que, si de todas estas almas criminales solo logran salvar una, ésta les bastaría para sentirse compensadas de los trabajos y penas de toda su vida.

¡A qué gran perfección están llamadas! Su vocación es santa, y deben dar gracias a Dios, y ojalá pueda yo hacer conocer su excelencia y su importancia a los cristianos que me escuchan, después de haber mostrado la acción de Dios en los acontecimientos que han acompañado la fundación de su orden.

Imploremos las luces del Espíritu Santo, por intercesión de esta virgen augusta a quien honran como su patrona y su madre y digámosle con el ángel: “Ave María”.

Impaciente por recoger el fruto de sus trabajos, deseoso de un éxito brillante; dándose cuenta de la fragilidad de su ser y que todo pasa y huye, el hombre desearía triunfar en el momento de los obstáculos que se oponen al cumplimiento de sus deseos, incluso de los más santos. Incluso para realizar el bien se apresura. Dios no obra así; es paciente porque es eterno; y, deseando que en sus obras aparezca solamente su mano y que lleven el sello de su gran sabiduría, camina paso a paso y no consume sus designios más que cuando toda esperanza humana de verlos cumplidos ha desaparecido completamente.

Lo saben, queridas hermanas, nuestros libros sagrados nos ofrecen un montón de ejemplos que confirman la verdad que les predico. Dios permite que Moisés, a quien ha destinado para liberar a su pueblo de la esclavitud de Egipto, sea puesto en peligro tres meses después de su nacimiento, en un cesto de juncos, entre matorrales, al borde del Nilo, lo mismo que José había sido echado al fondo de una cisterna por sus hermanos, a los que él debía salvar. Es desde estas profundidades que Dios los llama para elevarlos a la cumbre de la gloria y hacer de ellos los instrumentos de su voluntad soberana. En tiempos más antiguos, cuando Dios decidió bendecir en Abraham a todas las naciones esperó, para anunciar el nacimiento de Isaac que Sara fuese estéril y que se riese de esta extraña promesa. Para establecer el cristianismo Dios sigue el mismo camino: Jesucristo ha muerto, sus apóstoles se han dispersado, abatidos, dudan de las palabras de su divino maestro; sus esperanzas están como enterradas en su tumba, pues bien, es entonces cuando Jesucristo sale del sepulcro, viene a reanimar su fe y ellos toman la firme resolución de cumplir todo lo que él les ha prescrito. Más tarde, no hay ni una obra importante y duradera que se haya realizado de otro modo en la Iglesia, ellas pasan todas a través de las pruebas más difíciles, ellas están visiblemente marcadas en su origen con el sello de la cruz. Como para incitar al mundo a emplear contra ellas todas sus fuerzas. Para que su éxito y existencia misma, a pesar de tantos obstáculos naturalmente invencibles, pruebe que la mano todopoderosa de Dios las protege y las defiende.

¹ 10 de febrero de 1822. Sermones VII 2194-2201.

Estas reflexiones, queridas hermanas, les recuerdan la historia de la fundación de su santo instituto. Cuando el padre Eudes, verdadero hombre de Dios, sacerdote santo y venerable, cuya vida no ha sido más que una larga y heroica entrega a todo bien, empezó a retirar del vicio a un gran número de jóvenes de la ciudad de Caen y a abrirles un asilo, cuántos gritos se elevaron contra él, cuántos medios se emplearon para pararlo y desanimar su celo. Si no hubiese estado conducido más que por motivos humanos, y si Dios no lo hubiese sostenido con gracias particulares contra los ataques recibido, ¿qué hubiera hecho? ¿Qué hubiera sido de esta congregación de la que la Providencia se tendría que servir un día para santificar tantas almas y para librar del infierno tantas víctimas? Pero de todas las contradicciones que experimentó, la más grande sin duda, la más propicia para quitarle la confianza, o al menos para debilitarla fue, queridas hermanas, la separación repentina de una religiosa de la Visitación, madre Patin, que él había elegido para formar a las primeras religiosas siguiendo las máximas y el espíritu de san Francisco de Sales del que les dio las constituciones. ¿Quién no hubiera creído entonces que todo estaba perdido sin posibilidad de marcha atrás? Esta religiosa, que debía ser la maestra y el modelo, disgustada por una obra que le parecía ir a la ruina, renuncia a dirigir a las novicias, vuelve a su comunidad y abandona, parece que, para siempre, el rebaño que le había sido confiado.

Hermanos, ¿quién de nosotros en tales circunstancias no se hubiese desanimado? ¡Ay!, hombres de poca fe. Olvidamos muy a menudo que nunca tenemos más razones para contar con el socorro de lo alto que cuando nos faltan los apoyos humanos. El padre Eudes tuvo mejores y más santos pensamientos. Se dirigió enseguida a la casa de Caen, con sus palabras fortificó en su vocación a las novicias, y subiendo al púlpito para inspirar los mismos sentimientos a las penitentes, cuál fue su sorpresa y su alegría, cuando reconoció en medio de ellas a su propia sobrina, de catorce años, quien por su angélica dulzura y su eminente piedad suscitaba, entre las “chicas” su confianza y su amor y se dejaban conducir por ella apaciblemente, como los niños pequeños por su madre. Rasgo admirable y más hermoso cuanto que esta joven tuvo suficiente perseverancia para permanecer diez años ejerciendo estas humildes y penosas funciones, antes de que se erigiese la orden de la que ella sería una piedra fundamental y uno de sus más hermosos fundamentos.

Bendita sea en el templo de Dios y en presencia de los ángeles que rodean el trono del cordero. Bendita sea esta hija celeste, quien, a ejemplo de Abraham, el padre de los creyentes, esperó contra toda esperanza. Cómo me gusta verla entrar tranquilamente en la noche de la pura fe, sin preocupación por el mañana, sin querer conocer los secretos del porvenir, descansando sólo en Dios, depositando en su seno las inquietudes que parecen legítimas y adorando sin comprenderles los designios escondidos de Dios sobre ella.

Por fin se manifestaron estos designios. Habiendo caído enferma la hermana Patin hizo voto de entrar en la casa del refugio y enseguida fue milagrosamente curada. El padre Eudes salió para Roma y obtuvo del papa Alejandro VII una bula de autorización y desde esta época dichosa, su congregación ha recibido de los soberanos pontífices, de los obispos y de las ciudades donde ha fundado casas signos de estima y de reconocimiento.

Y ¿cómo podría uno amar la religión, buscar su gloria y no reconocer los servicios que ustedes hacen? ¿Quién no admiraría una institución cuyo primer voto es el de hacer el bien y cuya primera y única recompensa es también hacer el bien? ¿Quién no se enternecerá hasta el fondo del alma al ver a vírgenes tan santas y puras consagrarse al servicio de todo lo que hay de más débil, de más repugnante y de más inundo?

Pero no es su elogio el que yo quiero hacer, sino el de la religión de Jesucristo, que abraza a todos los hombres en su caridad como el sol les abraza en su luz. Lo mismo que el rey del Evangelio, la religión llama al banquete divino de su consuelo a los pobres, ciegos, cojos, y el más querido para ella es el más infortunado. Entre sus discípulos, la religión escoge a aquellos que están más profundamente penetrados de su espíritu y distribuye en cierto modo entre ellos todas las miserias humanas para endulzarlas y aliviarlas. Ustedes, hermanas, de esta magnífica distribución de los tesoros del hijo de Dios han recibido como parte el cuidado de educar a los niños, de formarles tanto en la virtud como en la piedad, y las familias conocen con que tierno cuidado los cuidan. Pero no sólo con ellos ejercen su piadosa solicitud; a ejemplo del buen pastor conducen al redil a las ovejas perdidas y acogiendo

su arrepentimiento con una indulgencia maternal unen a la prudencia los consejos que las animan y la bondad que las consuela.

Queridas hermanas, quizá no aprecien suficientemente una tal entrega; quizá ponen por encima de ellas a esas hermanas que cada día entran en una pobre cabaña para socorrer y ayudar a los pobres, a esas generosas hospitalarias que a expensas de su reposo y de su vida, asisten en su lecho de dolor a los enfermos y moribundos. No quisiera fijar rangos entre estos ángeles de misericordia que cumplen todas con la misma fidelidad y el mismo desinterés y el mismo celo su sublime misión; si hubiese entre ellas lugares de honor, cada una sería feliz en ser nombrada la última y humillándose se creería incluso indigna de ocuparlo. Sin embargo, permítanme que les pregunte: ¿Hay menos méritos en cuidar las plagas del alma que las del cuerpo? ¿Hace falta menos valor para curar la lepra del vicio, y sus ardientes llagas que devoran las conciencias, que para inclinarse sobre las heridas de un enfermo y ofrecerle los cuidados más repugnantes? ¿Qué es una casa de refugio sino un gran hospital en el que se recogen y se refugian las almas enfermas, donde se las salva cambiando sus malas disposiciones en un santo deseo de la virtud y de la justicia y donde, no como en otras partes, se les ofrece no esta vida miserable que debe acabar enseguida sino una vida inmortal de la que serían, de otro modo, privados para siempre?

Sin duda, hermanas, no se consigue siempre ponerlas al abrigo de la recaída, pero ¿la gloria de un hábil médico se oscurece si, después de sacar de las puertas de la tumba a un hombre cuya curación parecía imposible, este hombre por culpa suya y por su negligencia en seguir el tratamiento prescrito recae y muere? Esos franceses de los cuales Europa entera admira su sublime entrega, esos médicos heroicos que hace pocos meses se han encerrado en una ciudad extranjera destruida por la peste, ¿son menos dignos de nuestra estima y de nuestras alabanzas a causa de que su ciencia ha sido vencida y no han podido parar los progresos del contagio? ¿Quiere decirse que no hay obras útiles en el orden de la salvación más que aquellas cuyo éxito es completo? Entonces hermanas, hay que quitar de estas obras nuestro santo ministerio, porque también nosotros trabajamos a menudo en vano y también nosotros nos encontramos con pecadores que empujados por sus remordimientos vienen a llorar sus crímenes a nuestros pies y que al día siguiente vuelven a caer en los mismos desórdenes...

Hermanas, ustedes, instruidas en la escuela de Jesucristo, revestidas de sus entrañas de misericordia, conocen el precio de las almas y nada les parece demasiado cuando se trata de salvarlas. Jesucristo ha derramado su sangre y a ustedes, hermanas, ningún sacrificio les parece demasiado penoso para hacerlas participar en este inmenso beneficio de la redención. En días pasados hemos visto sus lamentos por no poder serles más útiles y con qué prontitud han vuelto a tomar las cadenas gloriosas que las atan al servicio de estas personas, tanto más desgraciadas cuanto más culpables son. Seguras de su valor y del socorro de Dios, enriquecidas con las privaciones que se imponen, se han propuesto levantar en medio de nosotros las ruinas de una institución que otras ciudades desearían tener. Hermanas, no digo más, por la santidad del lugar en el que hablo, la dignidad de mi ministerio me obliga a cubrir con un velo el gran bien que hacen y los servicios que ofrecen a las familias. Me callo; no, Dios no quiere que los hombres conozcan las obras que solo él puede recompensar dignamente.